

## Carta abierta en romancillo

Sra. D.<sup>a</sup> Eladía Montesino de Romero  
CÁCERES

Señora Poeta:  
¡Qué encanto sus versos!  
¡Cómo ellos son lindos,  
sencillos, y bellos!

¡Qué canto de hogar  
tan dulce y tan tierno,  
cuando nos relata,  
con ese gracejo  
que pone en la pluma  
su vivaz ingenio,  
esas travesuras  
de sus pequeñuelos!

La Revista «ALCÁNTARA»,  
me trae el cartero,  
y su firma busco...  
¡qué gozo! la encuentro,  
y con qué delicia  
sus renglones leo.

Ternuras de madre  
empapan sus versos  
y todos rebosan  
gracia, sentimientos.

¡Esa es la Poesía!  
La que con acento  
entrañable y vivo,  
vigoroso y tierno,

nos conmueve el alma,  
nos vibra en el pecho...

¿Sería pedir mucho  
que hiciera unos versos?  
Haga una Canción  
de cuna, le ruego,  
poeta, y en ella  
ponga el sentimiento  
con el que le canta  
bajito al pequeño  
cuando está en su brazos  
o en cuna meciéndolo.

Una Nana, linda,  
maternal, de acento  
melodioso y vago,  
de ternura lleno.

A ver si, también,  
cuando yo leyendo—  
la vaya—me sienta  
tocado del sueño  
y aleje su encanto  
los tristes recuerdos,  
y me sueñe niño  
como fuí, travieso,  
y sienta a mi madre  
cantarme entre sueños...

MANUEL MONTERREY

Badajoz, 28-X-1951.

## SEVILLA Y SU EMBRUJO

A Don José Amador.

**S**OBRE Sevilla, la ciudad del Betis, se ha hablado tanto, que poco queda por agregar. Una leyenda se ha levantado sobre esta simpática tierra, motivado por su historia, tipismo y costumbres únicas en el mundo.

Todos cuantos visitan la ciudad, quieren hacerlo en un tiempo limitado ya que para el turista es misión suya la de captar en la mayor brevedad posible, el arte, gracia y todo cuanto encierra la capital de Andalucía.

Es curiosa la impresión que muchos de estos visitantes reciben al no encontrar en Sevilla toreros por sus calles, flamercos con anchos sombreros y mujeres ataviadas con el traje típico de gitana. Quieren convencerse de lo que les condujo a visitarla; la decepción embarga sus ánimos y solamente se dedican a apreciar los monumentos, la Catedral con su inconfundible Giralda, sus calles tortuosas, balcones atestados de macetas y la indolencia y garbo de los nativos de la antigua Hispalis.

Sevilla, es algo más que todo eso; Sevilla tiene su embrujo, tan difícil de conocer y de apreciar. Sevilla es mora y como tal no deja que sus encantos sean públicos.

La tierra donde la raza árabe dominó quinientos años, es celosa y trata de reservar su coquetería para aquellos que desean amarla, para quienes se entregan a ella y así, como mujer entonces, se descubre y deja ver sus cualidades buenas y el embrujo de que tanto se habla. Para tales personas, Sevilla habla al oído; de noche, en el silencio de sus tranquilas callejuelas, nos dice mucho de su pasado.

Deambulando por sus típicos barrios vemos como su embrujo nos trae a la memoria epopeyas de siglos pasados, que siguen adheridas al presente. Si despacio y sin itinerario fijo recorremos todo cuanto se divisa desde la torre más alta de ella, nuestro asombro no tendrá límites; nos sentiremos embrujados, y percibiremos por sus calles el roce lento de las babuchas de los moradores de otras épocas.

Desde que el entonces rey Fernando III, en el año 1248, conquistó a la ciudad, hasta nuestros días, Sevilla no ha perdido su ser. Ella sigue impasible a pesar del progreso; se recata todo lo que puede y conserva su tradición, que vemos en sus edificios en sus monumentos y en el carácter de sus habitantes.

El estudio de esta ciudad bañada por las aguas del Guadalquivir, es harto complicado, y más aún si sólo vemos en ella su parte externa, sin preocuparnos de su psiquis, permítase la palabra.

Paseemos por sus parques; arrimémonos a sus murallas, aspiremos el aroma de sus flores y contemplemos la esbeltez de su Giral-

da, y todo ello nos hablará con elocuencia de su pasado, que se nos asemeja a leyenda.

Cuando en el crepúsculo los faroles iluminan tenuemente sus casas, cuando al dejar el Alcázar tras pasamos el umbral de la puerta del Patio de Banderas, ante nuestra vista se nos presenta, soberbia, la Catedral rematada por la torre más alta de España. Nuestro espíritu se sobrecoge, admiramos la magnificencia de la obra que tenemos ante nuestros ojos y evocamos épocas pretéritas, en las que los moradores árabes piden al rey Fernando de Castilla, el vencedor: «les permita antes de abandonarla, derribar la mezquita mayor, o por lo menos, destruir la más alta torre y así los conquistadores se verían obligados a levantar otra no menos costosa y magnífica.»

Tal petición de un pueblo que sabía lo que perdía, le fué negada por el rey; una vez consultado con su hijo don Alfonso, el cual dió por respuesta «que si una sola teja faltaba de la mezquita, haría rodar las cabezas de todos los moros, y por un solo ladrillo que se desmoronara de la torre, no quedaría en Sevilla moro ni mora a vida.»

Este detalle de un pueblo vencido, y la contestación de un rey vencedor, refleja tanto de una parte como de otra, el cariño y significado que para ambos tenía la mezquita y su torre, que, gallarda, se yergue sabedora de su belleza y de lo que supone para la ciudad.

Este orgullo, no sólo de la Giralda, sino de Sevilla entera, tiene su justa explicación. Ella sabe que fué querida por los iberos, fenicios, romanos, judíos, árabes, y que en ella vieron la luz hombres de letras, artistas en la pintura, escultura y otras ramas del saber. De su puerto, tan importante en otros tiempos, salió Magallanes, iniciando la primera vuelta al mundo. Con todo eso, la sencillez de la antigua Ixvilia de los hijos de Mahoma es su patrimonio. Seguimos extasiados en la contemplación de la Catedral y su Giralda, y poco a poco damos vuelta en su rededor y quedamos maravillados de su construcción, y cómo armonizan en ella los distintos estilos artísticos, árabe, gótico, y más tarde, y a través de los tiempos y a pesar de haber sufrido los embates de la Naturaleza, es digno de admirar el conjunto del arte.

Las sombras de sus calles nos invitan a seguir caminando y penetrar en sus rincones y plazas. Ante nosotros y después de un viraje a la derecha, hemos quedado anonadados ante la sensación que nos produce la plaza de Santa Marta. ¿Estamos en una capital moderna, o vivimos de nuestra imaginación? El silencio de esta plaza, como otras tantas, nos hace enmudecer y echar con recelo una mirada a toda ella, que parece dormir custodiada por sus naranjos. ¿Tiene esta visión otro nombre que el de embrujo?

Las horas van pasando, y en la noche Sevilla se va dando a querer. Allá en una ventana aun queda la pareja de enamorados que, separados por la reja «pela su pava», al igual que Sevilla en sus largas noches.

Entramos en el barrio de Santa Cruz. Aquí más fuerte que nunca, Sevilla nos susurra al oído; una calle, otra, otra, todas estrechas y sensuales; acogedoras y propicias al idilio. En sus casas de planta

baja, unos patios adornados con policromas flores nos hacen imaginar en ellos la silueta de una sultana, y a nuestra mente viene el recuerdo de Susona, judía hermosa, de quien la leyenda cuenta que su calavera quedó expuesta durante algún tiempo sobre la puerta de la casa de su padre, el viejo judío Susón.

Nuestros pasos se dejan oír en la noche sevillana de este barrio judío. Sevilla se va dejando querer cada vez más y nos va dando sus encantos unos tras otros; por doquier nuestra mirada tropieza con caprichosos dibujos que las sombras hacen sobre sus húmedas paredes y rincones misteriosos.

Otra plaza. Aquí el gran pintor Murillo vió la luz por vez primera; aquí la mirada no sabe donde detenerse, y hay que seguir caminando, pues el tiempo parece haber parado su marcha y tenemos miedo de volver a la realidad; pero no; ya el embrujo de Sevilla ha penetrado en nuestro corazón y es imposible volverse atrás.

¿A dónde nos lleva el laberinto de estas calles tortuosas? ¿Dónde? Un vergel en penumbras aparece ante nuestra vista, que acostumbra a otear en la oscuridad, todo lo observa. La frondosidad de un parque contrasta con sus tímidas glorietas; un misticismo emana de ellas; sí, Sevilla llora y canta a la vez; Sevilla duerme en el Estío para despertar en la Primavera, cuando toda engalanada y gozosa, baila, canta y hace ostentación de su cielo claro e incomparable, dando un colorido especial a las Fiestas que tan conocidas son de todos y donde las clases sociales se confunden en una alegría sincera y llena de sabor andaluz.

Un callejón, un arco por entrada y almenas sobre los muros de una fortaleza, y de nuevo en el patio, donde silencioso, el Alcázar guarda celoso los tesoros que en su interior alberga y donde vió nacer al príncipe don Juan.

El rey don Penro I. el Justiciero o «Cruel», como el pueblo lo denominó indistintamente en su época, quiso que esta obra de arte quedase para orgullo de la ciudad que él tuvo por corte. La leyenda, siempre acompañada por el romanticismo propio de este pueblo, nos cuenta mucho de este rey; su busto puede verse en el lugar donde, según se dice, dió muerte a un hombre siendo oído por la «Vieja del Candil». Allí quedó como recuerdo para que el pueblo viese en él, al hombre que también era ajusticiado.

¡Sevilla! Tierra de poetas donde como dijo don Mario Méndez Bejarano, «para hacer poesías, sólo falta poner las consonantes.»

En la figura de Adolfo Bécquer, se encarna el embrujo de esta ciudad. En sus cárceles vió la luz el famoso don «Quijote de la Mancha». Bajo los muros de su Catedral, reposan los restos de Cristóbal Colón; todo en contraste sin igual nos hace soñar y vivir esta patria pequeña, que como dijo Abul Béka Selah, el de Ronda, cuando se vió obligado a abandonarla por orden del rey Fernando, su conquistador, en un poema dedicado a la pérdida del Imperio árabe... «No hay consuelo para desgracia que acaba de sufrir el islamismo...»

«¿Dónde está Sevilla con sus delicias? ¿Dónde su río de puras, abundantes y deleitosas aguas...? ¿Puede haber patria para el hom-

bre después de haber perdido Sevilla...?» Estos elogios del wali de Ronda, hacen vibrar en nosotros el sentimiento que ellos tuvieron al tener que abandonar su amada tierra, y también lo que Sevilla y sus encantos había penetrado en el espíritu de aquellos habitantes.

Su río, que como espejo se deja mimar por las caricias de la Torre del Oro, fué testigo de grandes hazañas. Sus puentes lo abrazan y dan paso a sus aguas que sigilosamente se internan en el mar. La antigua «Colonia Romana» aun nos da vestigios de ella, con sus murallas y acueductos. Al otro lado está Triana, madre de artistas y del folklore andaluz, que es España. Siguiendo por su ribera en la cálida noche, el agua nos parece hablar y decir que todavía queda mucho que ver, más adelante, nuevos jardines y un palacio, que nos indica que aun no ha terminado el embrujo sevillano.

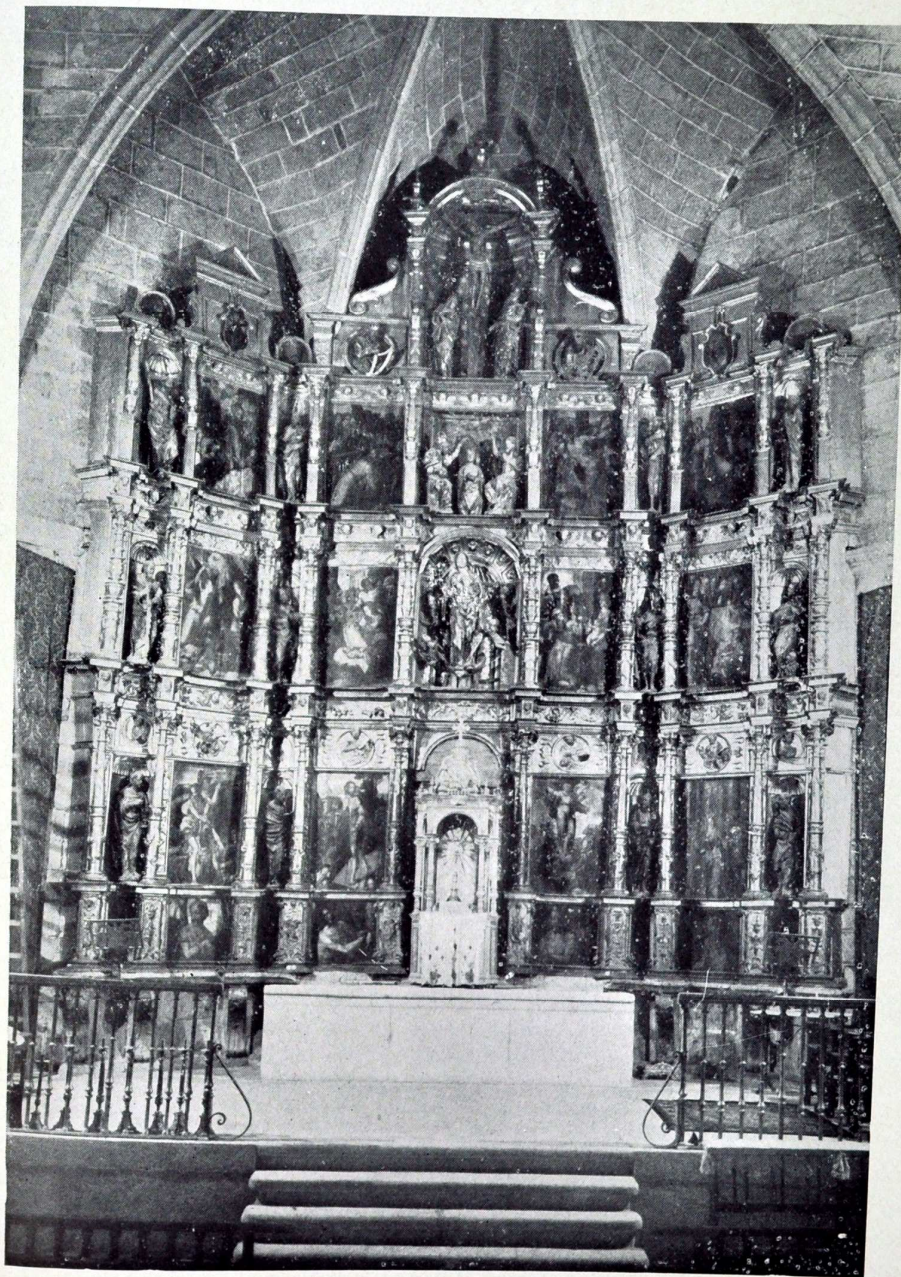
El olor a jazmines delata la cercanía del parque más maravilloso que pueda verse en parte alguna—aquí la hipérbole tiene excusa—. Nos hallamos ante un verdadero vergel que la Naturaleza nos donó; nos internamos en él, las palabras son pocas para describir la hermosura, belleza y dimensiones de este poético parque. El nombre de una Infanta, lleva este lugar de paz y de flores: «María Luisa». Los que por primera vez visitan nuestro parque, no encuentran definición adecuada, capaz de expresar lo que el espíritu siente. De noche, cuando las plantas duermen y dejan al respirar el aroma de sus pétalos, nos sentimos ensimismados. ¿Qué dirección tomar? Cualquiera es buena; en todas ellas encontraremos el embrujo de Sevilla, en cualquier lugar hallaremos poesía cantada a nuestros oídos, la ternura del momento que nos hace olvidar el mundo en el cual vivimos.

Caminar, caminar sin cesar hasta que el cansancio nos rinda, siempre despacio, es el secreto de este pueblo, que es la idiosincrasia del andaluz, pero que no se confunda y mucho menos se le atribuya leyendas falsas. Sevilla tiene su embrujo, Sevilla se da a querer a aquel que la desea y la busca. Es indolente, pero activa en pasiones, ríe y canta a la vez, llora, se entristece y su filosofía hay que comprenderla. Tiene una historia, un pasado y suele vivir el presente. En sus quejidos, notas que se meten en el corazón, nos hace sentir y alegrarnos a la vez; su cante «jondo» dice mucho. Su clima tropical es llevado en la sangre de sus hijos, su familiaridad es harto conocida y antes de criticarla, al igual que a una mujer debemos de penetrar en sus encantos, y una vez presos de ellos, entonces amarla, pero con pasión, y entregarse a ella para que ella a su vez se entregue a nosotros.

Sevilla es mora; Sevilla es, pues, celosa y recatada, y hay por lo tanto que conquistarla como lo hizo su rey cuando la quiso para sí y su pueblo.

Dice un antiguo adagio: «Quien no vió a Sevilla, no vió maravilla», y podríamos agregar: Quien no vió a Sevilla en sus noches primaverales, no vió el embrujo de ella.

WALDO GEMIO VECI



ALBUM EXTREMEÑO: Retablo del Altar Mayor de la Iglesia Parroquial de Arroyo de la Luz. (Tablas y medallones del «Divino» Morales)